

BIGOTE, HÍGADO, MANOLO



POR ANTONIO
LUCAS

A Manuel Alcántara no le temblaba la mano de escribir. Si acaso, a última hora, la voz. Pero jamás la inteligencia, ni la gracia, ni la bondad del hombre bueno que no escatima finamente una oportuna maldad o un *dry martini*. A Manolo lo hemos amado muchos de muy distintas coloraciones porque nunca traspapeló el argumento de ser él mismo. Pronto le dijimos maestro, porque lo es. Aunque más que magisterio ejerció una hechicería y en un extenso almuerzo nadie sabe hasta dónde podía llevarle la memoria cuando se entregaba a ella.

Conocí a Manolo, por mi padre, y aún no sabía que era Alcántara. Iba yo dejando atrás la niñez y me explicó los versos de Dámaso Alonso a partir de la alopecia del poeta. Así que de la obra lírica de Dámaso es la calva lo que recuerdo. A Manolo también le debo una hermosa pluma Parker que dejó sobre mi servilleta en el restaurante El Espejo de Madrid, cuando aún vivía en la ciudad. Él, a cambio, guardó en un bolsillo de la chaqueta, con impecable naturalidad de banarrota, mi boli Bic. Tenía yo 15 años. Siempre tuve querencia por su escritura, también afán por su poesía, que era donde volcaba el contenido del corazón y lo mejor que aprendió viviendo. Cómo el recuerdo nos hace y nos deshace.

Con el tabacazo negro, su prendido BN en extinción, hacía largas fumarolas y en algún momento imprevisto desplegaba una sonrisa (más profunda que la alegría) para decir algo certero. La edad le desgastaba los huesos, pero no podía astillar la audacia

de este hombre que era huésped de un bigotito fino y portador de un hígado lúdico que carburaba con ginebra. Manolo tenía cabeza de sabio abisal y un lento andar de monje huido. Era uno de los mejores escritores de periódicos, a quien la prosa se le comunicaba desde el quicio mismo del artículo con el Mediterráneo.

Algunas mañanas las arranco pensando en qué diría Manolo desde su cofa del Rincón de la Victoria, en Málaga, donde se retiró para tener por horizonte el mar, que es el mejor símbolo de la eternidad cuando se ha vivido frente a él de niño. Cómo iba a cicatrizar la vida en pensamiento. Con qué sutil veneno frente a la chatarrería de los que redactan a bulto, más para atropellar que para llegar al sitio. Era un tipo espectacular que hablaba con igual precisión de los versos de Neruda y de la pegada de Joe Louis, pues detectaba la poesía del poema igual que analizaba las hostias sobre un *ring*. No se permitió la horterada del prejuicio. Es lo extraordinario de este hombre generoso con algo de entomólogo de lo visible, entre el desencanto del sarcasmo

“ERA UNO DE LOS
MEJORES ESCRITORES DE
PERIÓDICOS Y SU PROSA
SE COMUNICABA CON
EL MEDITERRÁNEO”

y el vaivén de la extrañeza. Nos une a él una distancia de tres generaciones, más o menos. Y hay quienes vamos al encuentro con sus textos como si al final nos esperase (a media luz) un verano perpetuo.

El liberal que fue Manolo (después de andar otros caminos) comprendió bien que todo vuelve y nada se repite. Tenía el don de la amistad. «*Me fui quedando acompañado y cierto, entendido en los bosques de*

mi jungla, leñador orgulloso de raíces/ que no debieron nunca estar ocultas» (del poema *En aquel tiempo*). El artículo le salía a la hora clara de la tarde, sobriamente intencionado, con la dosis exacta de antídoto contra la zalagarda política. Limitaba al norte con Valle-Inclán y al sur con González-Ruano, del que hizo un obituario tan excepcional que sólo faltó el muerto levantado y dando palmas.

A los noventa y algo no era un viejo con miedo a caerse. Ni escribía como sucedáneo de la nostalgia. Consciente de que no pasan los años por el tiempo, su zumba literaria era (y es) de primerísima calidad. No era un individuo familiarizado con la muerte, aunque la de Paula (su mujer) le dejó el ala herida.

Aún es pronto para valorar la estela de su escritura. Siempre es pronto para algunos que nos ayudaron a confirmarnos en las palabras. Pues hay personas tan vivas que cuando nos hablan nos despiertan.

Además de hacer época hay que saber llenarla. Cuánta gente rodeó a Manolo por Manolo mismo en esos encuentros de periodismo en Málaga, impulsados por la universidad y por su fundación. Sabía ocupar el espacio sin dejar ver que estaba, porque también era maestro de ausencias, capaz de irrumpir en cualquier momento con un cóctel de ginebra inesperada dando cobijo a la gente y alpiste a la

noche.

He aprendido más de su ironía y de su voltaje lírico que en la facultad de Periodismo. De allá sólo extraje un puñado de ideas zurdas que aún conservo (y nunca escondo), aunque no sirvan demasiado para lo de ahora.

A esta involuntaria despedida le caben ya tan sólo un par de versos: «*Porque nunca se acaba lo que acaba, que se queda a vivir en la memoria*». Hoy bebemos.

VIEJITO COMO ERA Y EN GUARDIA



POR DAVID
GISTAU

El pasado sábado, Manuel Alcántara todavía recibió a unos amigos en visita. Óseo y diminuto, perdido en el interior de un jersey. Ya no era el viejo «lobo de bar» que, antaño, convocaba al teléfono en Málaga para «conversarnos una botella». A los amigos, conscientes de que era la última vez, les llamó la atención que, a pesar de que no leía ni escribía desde hace seis meses, Alcántara tenía a mano un bolígrafo y un bloc de reportero en el que apuntaba reflexiones inconexas sobre un asunto que lo tenía sumido en el pesimismo: España. Cuando se marcharon, Alcántara los despidió así: «Gracias por haber venido a verme cuando ya me había muerto».

Nuestra primera vez, al verme llegar, tan viejito como era me tensó una guardia de boxeo. El esperanto de la molienda. Mientras apuraba «cuchillos disueltos» —el Dry—, de eso fue de lo que más habló esa noche. De que se aficionó de niño porque las mujeres de casa, para que no deambulara solo por la calle, lo mandaban a hacer compañía a unos boxeadores que entrenaban cerca. De que le inventó el apodo a Legrá y lo vio vestirse en Londres la capa de armiño en esa época pletórica en que un motorista lo esperaba fuera del Palacio de los Deportes para llevarlo a escribir la crónica en *Marca*. En cómo se despidió del boxeo, de repente, al final de la misma crónica en la que contaba la muerte en el *ring* de Melero.

No sé si empecé ahí un distanciamiento de todo cuanto había en Madrid que lo llevó de vuelta al sur para vivir, beber y escribir con vistas al mar. Pero, al escurrirse de la capital cenacular, se convirtió en un personaje más clandestino por el que peregrinaban todos los «escritores de periódico» que identificaban en Alcántara el eslabón de un linaje, de un final de especie. Te tiraba encima, con su conversación, recuerdos personales de todos los que cruzaron el siglo XX. Hace algún tiempo, salió en la conversación de algunos amigos que almorzaban en Madrid y que lo veían debilitado. Uno recordó un poema suyo que terminaba así: «*Ver toda la mar enfrente, y no estar triste por nada, mientras el Sol se arrepiente. Y morirme de repente. El día menos pensado que es en el que pienso siempre*». El próximo Dry es todo tuyo.